



II
NARRACIONES CANARIAS
Cuentos Infantiles
JESÚS GUERRA

INDICE

- I. La Sajorina**
- II. Andresín el marinero**
- III. La sopladera medio que sé yo**
- IV. El niño peninsular**
- V. La finca de todos los árboles del mundo**
- VI. La paloma blanca**
- VII. Santiaguillo**
- VIII. Ecce Homo**

JESÚS GUERRA. SARDINA-GÁLDAR-CANARIAS
CUENTOS INFANTILES *Narraciones Canarias*
PRIMERA EDICIÓN 1983
EDICIÓN ESPECIAL AÑO 2005/*Infonortedigital*
PORTADA: “Echadora de Cartas” ANTONIO PADRÓN. 1962
DEDICATORIA: A quien dedique una parte de su tiempo a leerlo.

I

La Sajorina

En los campos de todas nuestras islas, viven todavía unas mujeres que saben más que siete. Saben de leyendas antiguas y de rezados para curar las más diversas enfermedades, especialmente de los niños pequeños. Pero no crean que sólo a ellos procuran curar. También curan muchas enfermedades y dolencias de los adultos preparando una serie larga de brebajes y pócimas empleando hierbas y plantas silvestres que recogen en los campos y que dan a beber a los enfermos o los aplican directamente ellas mismas en diversas partes del cuerpo. Además, también echan las cartas y saben de sortilegios amorosos que ofrecen a las muchachas para curar maleficios y el desamor. A veces, la gente les tiene miedo y algunas personas hasta las rehuyen.

Las sajorinas, que es como se conocen en las islas a estas mujeres, también cuentan relatos de antiguo que rayan muchas veces lo mágico con lo real. A veces, en sus narraciones emplean un lenguaje misterioso y nos dicen cómo la Historia a veces -muchas veces-, casi siempre, está cambiada por los intereses de aquellos que la escriben y que deforman la verdad del paso del tiempo, para hacernos creer otra cosa. Un día, mientras me preparaba un majado para aplicármelo en una vejiga que me hice en una pierna una vez jugando con una carretilla hecha con la madera de una caja de coñac, a consecuencia de bañarme en la playa, la herida se me infectó y me crió caracolillo. Ese día me había escapado de la escuela con unos amigos y nos fuimos a la orilla de la mar. ¡Perrerrías como ésas, alguna vez las hacemos todos!. Por eso tuve que ir a la casa de la vieja sajorina que se llamaba Martinita la del Lomo y que vivía en una montaña arriba en la cumbre. Y así fue como empezó a hablarme de una vieja leyenda que ella sabía y cuya matraquilla venía oyendo desde que era chica. El trajín de sus manos sobre mi pierna herida, no me sacaba del todo de quicio y, mientras aquellaba en la pierna, yo puse atención en lo que estaba diciendo la sajorina. Según decía, esta matraquilla la oía desde hacia mucho tiempo en que otra sajorina se la contaba a su madre cuando iba de visita a su casa. Martinita la del Lomo, todavía chica, solía espiar las conversaciones de su madre con la vieja sajorina. Y de ahí, aprendió esa vieja leyenda. Y de la misma forma que me la contó a mí, yo se la voy a contar a todos.

En la antigua Roma preimperial, había un gran general cuyo nombre figura en los Anales de la Historia con letras muy grandes por sus brillantes dotes de estrategia militar y líder político. Fueron muchas y brillantes las gestas que se cuentan de sus ejércitos y legiones en tierras alejadas de la metrópolis romana. En el plano intelectual, lo más brillante de su carrera como político y militar son sus célebres y conocidísimos “Comentarios a las Guerras de las Galias”. Con esta gesta literaria quiso honrar a su patria. Pretendía el gran Julio César – a sí es como se llamaba este general- conquistar el poder en la Roma de aquel entonces. Y para ello, necesitaba ganar el honor con los éxitos de las victorias de sus ejércitos en las campañas en el extranjero. Necesitaba anexionar grandes extensiones de territorios nuevos para conseguir la gloria personal y que el Senado le diera el reconocimiento oficial como emperador absoluto del Imperio Romano. Pretendía también, repartir las tierras conquistadas entre los guerreros que más habían destacado en las campañas militares. Pero, como todo hombre, Julio César se dejó encandilar por las ansias de gloria y el respeto que le tenían sus huestes. Así, un día, acordó con sus generales iniciar una conquista sobre las islas Hespérides (así eran conocidas las islas en la antigüedad) como prueba de su grandeza para incorporar al Imperio el territorio de las islas más apreciadas de las que se tenían noticias por aquel entonces.

¡No sabía el general romano lo que le esperaba!. El no sabía lo que era bueno... !

Ni Plutarco en sus “Vidas Paralelas”, ni el propio Julio César en “Comentarios a las Guerras de las Galias”, recogieron nada de las andanzas de las huestes guerreras de Roma por nuestras tierras. No lo hicieron porque la fortuna no les fue propicia y cierta, sino totalmente adversa. De tal suerte, que sólo la cuentan las sajorinas de nuestras islas que las aprendieron por tradición oral, que es la fórmula de difusión más primaria que tienen los pueblos para que, a pesar de todo, se sigan teniendo en cuenta sus raíces, su cultura, su idiosincrasia y sus anhelos como pueblo. Y, pase el tiempo que pase.

Según la sajorina –yo no entro ni salgo-, Julio César dispuso quince naves de las más grandes para iniciar el pretendido abordaje a nuestro archipiélago. Como quiera que él estaba en las campañas de las Galias –lo que hoy es Francia-, cogió rumbo a Hispania –España- y desde el cabo de Finisterre –fin del mundo conocido- embarcó con una buena parte de sus legiones para conquistar nuestras tierras. Echaron rumbo al sur por el Atlántico y llegaron a las islas por las costas del norte.

Cuando ya avistaban el horizonte de nuestras islas, los guanches -nuestra gente- se asustaron un poco. Ellos eran hombres de paz. Siempre lo fueron. Estuvieron oteando desde los riscos y las cumbres para ver las maniobras de aquellas extrañas embarcaciones que se avistaban en las cercanías de las costas. Vieron cómo las embarcaciones empezaron a plegar las velas y a echar anclas. Observaron cómo de las naves grandes salían muchas barcazas de menor tamaño. Iban cargadas con animales extraños que hacían un ruido espantoso y desconocido por los guanches. Estos, seguían sin salir de su asombro. Todas las maniobras de la tripulación romana fueron vistas al mismo tiempo en el resto de las islas, toda vez que la distribución de las fuerzas militares se hizo en función del territorio a conquistar. Así, en las islas

más chicas, fueron menos los barcos y los hombres y caballos empleados en el desembarco. También sacaron unos artilugios muy extraños de sus embarcaciones. Eran las catapultas, artefactos desconocidos en nuestras tierras poco dadas a la guerra convencional de la época. No obstante, tampoco estaban dispuestas nuestra gente a dejarse conquistar así como así.

Los primeros destacamentos romanos que llegaron a tierra formaron una expedición de reconocimiento por los alrededores, hasta donde los caballos no pudieron subir por las empinadas cuestas y lo abrupto del terreno. Julio César, mientras tanto, después de levantar el campamento en un lugar apropiado, se dispuso a descansar de la larga travesía. El sol brillaba tenue en el horizonte y caía la tarde. Los hombres de la expedición llegaron presurosos porque habían tenido un encontronazo con unos seres de cabezas de perro (tibicenas) y con el cuerpo cubierto de pieles. - ¡Mi general!. Esa gente arrojan unas piedras de pequeño tamaño, pero con una feroz velocidad y puntería, que nos fue imposible acercarnos a ellos. Y se miraban las abolladuras que les hicieron en los petos de acero con el que se protegían el cuerpo. El que más y el que menos, tenía cutaro o cinco chichones en la cabeza. ¡Ante los guanches y su puntería, de nada les servían los cascos ni las armaduras¡.

- Hablan un leguaje extraño y muy difícil de descifrar. Dijeron algunos.

- A esos salvajes –dijo Julio César- les daremos su merecido. Les haremos ciudadanos romanos aunque sea a la fuerza. Mañana por la mañana verán la ira del futuro Emperador de Roma.

Al parecer, el sol se le había metido en la cabeza y experimentaba una muy rara sensación. Dio la orden de que todo el mundo estuviera en su puesto a la mañana siguiente para iniciar lo que quiso creer iba a ser su última y gloriosa campaña militar antes de regresar victorioso y triunfal a Roma. Lo último que dijo aquella noche fue:

- “Alea jacta est”- la suerte está echada.

Al amanecer, las tropas romanas estaban listas para la batalla. Se miraban unos a otros muy extrañados. No habían observado movimiento alguno por parte de aquellos seres a los que ni siquiera habían visto de cerca. Y se preguntaban si era conveniente meterse en aquella aventura tan extraña. Iniciaron la marcha sobre los claros del día. Un gran regimiento de soldados iba subiendo por los barranquillos y tenían que romper la simétrica formación debido a lo abrupto del terreno. La formación avanzaba casi totalmente dispersa. Cualquier estrategia de carácter militar se venía al suelo, pues no se podía con un terreno totalmente desconocido para ellos. En estas condiciones, las tácticas son superadas por los elementos de la naturaleza. Hasta tal punto llegó el desconcierto de los romanos, que tuvieron que dejar las plataformas de las catapultas a la entrada de los barrancos. Lo mismo en La Palma que en Gran Canaria. Igual en Tenerife y en la Gomera y el Hierro. Al parecer la suerte corrida en Lanzarote y Fuerteventura fue distinta. A lo mejor, por las características bien distintas de esas islas.

Cuando más desprevenidos estaban aquellos héroes de la guerra –por tales se tenían los romanos- les cayó una jurria de piedras de gran tamaño, que en los

primeros lances del combate quedaron medio destruidos hombres y medios. No esperaban este primer envite que le echaron los guanches. Tuvieron que batirse en retirada ante aquel diluvio de piedras y rolos de madera encendidos que rodaban por las riscos y laderas. Pero además, los guanches les cortaron la retirada y un grupo de ellos, que se habían ocultado dejándoles pasar antes de provocarles la emboscada con la lluvia de teniques, se dirigieron a las cercanías del campamento enemigo y le pegaron fuego a las catapultas. Les esperaron cerca del recinto militar. Y le levaron las anclas a las embarcaciones y se las dejaron a la deriva. Cuando los romanos se dieron cuenta de la estratagema de los aborígenes, se quedaron estupefactos.

-¡A las galeras!, ¡A las galeras!- decían gritando como locos.

Y, como pudieron, fueron llegando al golpe y se dirigieron dando gritos a sus compañeros embarcados para que los esperaran. ¡Fíjense si tenían miedo!. Hasta al propio Julio César, tuvieron que echarle una mano para que pudiera subir a una de las galeras. Los guanches bajaron todos desde las montañas a los llanos y con gran algarabía y contento, lanzaban hojas de palmera y ramos de laurel al aire en señal de victoria y júbilo. Después, celebrarían los ritos de costumbre y habría juegos con el palo –banot-, luchas hombre a hombre y celebrarían el Beñesmen en señal de triunfo sobre el invasor. En estas celebraciones estaba siempre presente el espíritu de los más grandes héroes guanches: Guadarfía, Tagueluche, Tanausú, Doramas, Armiche, Guiza, Gumidafe, Adargoma, Bencomo, Bentejuí, y tantos y tantos otros.

La vieja sajorina –todavía no lo había dicho- se reía a medida que avanzaba con el relato de la gesta de los aborígenes contra las huestes del general romano. También me dijo que, en Lanzarote y Fuerteventura, ocurrió tres cuartos de lo mismo.

Al parecer, como el territorio era más llano, los caballos llegaron lejos, muy lejos del campamento. Pero de pronto, se levantó una polvajera de tres mil demonios. Hasta tal extremo, que las tropas romanas quedaron medio ciegas y sin poder ver más allá de sus narices. En medio de la confusión, los guanches daban cuenta de ellos. Incluso llegaban a atacarse entre sí. El polvo que había en el aire les cegaban de mala manera y con la sequedad la boca debido al siroco, los soldados se quedaron medio asirocados y tuvieron que emprender la retirada. Ellos nunca habían visto y sufrido el siroco y, entre el viento y la marea que se enrebiscó de mala manera, parece que les destrozó la mitad de las embarcaciones. Estaban despavoridos y temían lo peor. Se echaron a temblar como niños chicos y, como pudieron, fueron llegando a las galeras y se marcharon como voladores.

Cuenta la leyenda –eso me lo dijo a mí la sajorina con voz muy bajita- que los espíritus de los guanches nunca mueren, pase el tiempo que pase. Así. Nuestros grandes héroes de siempre no son más que reencarnaciones de aquellos guanches de la antigüedad. Guanches valerosos que hicieron frente al más temible de los ejércitos imperialistas de aquellos tiempos.

También cuenta la sajorina, que en las Islas Canarias siempre estarán presentes las gestas de hombres que darán gloria a nuestra gente y a nuestra tierra. Y el que

quiera verlo que lo intente. ¡Se van a acordar de nosotros!. ¡Van a saber lo que es bueno!.

Ya decía al principio, que nuestras sajorinas saben más que siete. Y saben de historias antiguas, de sus brebajes para curar enfermedades y rezos y sortilegios contra los malos espíritus, mal de ojos y otras cosas. Si algún día se necesita saber de alguna leyenda como la que me contó Martinita la de El Lomo, hay que ir a los campos y cumbres de nuestras islas y comprobar la sabiduría mágica de estas mujeres de nuestra tierra. Son inconfundibles. El rostro, a pesar de los años, permanece todavía terso como la támara de una palmera canaria.

¡Siempre es bueno saber dónde están escondidos nuestros tesoros más grandes!. Y lo digo de verdad.

II

Andresín el marinero

En un pueblo pequeño, casi un barrio y muy cerca del mar, vivían varias familias de pescadores. Casi todas ellas se dedicaban exclusivamente a la ardua tarea de sacar para comer de lo que pescaban los hombres del lugar. A la mayoría de ellas les unían acontecimientos parecidos y sentían las tragedias ajenas como si fueran propias. Los niños, a medida que eran granditos, tenían que ayudar a sus familias en las duras faenas de la pesca. Mientras que los más pequeños ayudaban a los mayores y a los viejos a reparar las artes de pesca y los atarecos por las tardecitas en las arenas del caletón. También reparaban las mallas rotas de los chinchorros, lavaban los barquillos y, junto a los viejos pescadores, se entretenían aprendiendo a construir y reparar guelderías con aparejo amarillo enovillado en un cacho de palo.

Las mujeres se dedicaban a salir por los barrios próximos a vender el pescado que cogían los marineros. Iban ataviadas con sus faldas grises y sus pañuelos negros anudados a la cabeza. En una bañadera de latón llevaban el pescado que tapaban con un fardo de saco de guano y en un balde, los pesos ennegrecidos por el marismo y el salitre y la báscula de mano con la que pesaban la venta. Regresaban por la tardecita, cansadas de tanto andar y después de lavar los atarecos en una acequia, en donde se mezclaban con otras mujeres que lavaban la ropa en los lavaderos cercanos a las fincas de plataneras.

En aquel pueblo no había escuela, pero tenía una ermita pequeña y los niños llegaban a mayores casi todos sin saber las cuatro reglas elementales y que son las necesarias para sacar mejor provecho en la vida. Por eso la mayor parte del tiempo la dedicaban a jugar con los trajines propios del lugar. Es decir, pescando en los charquillos, mariscando o pulpiando. Casi todos los niños tenían sus propias nasas que fondeaban en las proximidades del caletón y lo hacían a boya perdida, pues era habitual el robo por la perrería. Cuando cogían alguna cabrilla con caña de aire, llegaban saltando y dando vueltas de carnero sobre las rubias arenas de la playilla. Los viejos, desde el risco, los observaban con agrado y esperanza y, en sus rostros ennegrecidos por el salitre y la brisa, se mostraba una mueca de desesperanza. - ¡El mañana ...!. se decían. Y pensaban que lo que les hacía falta a los pollillos eran un maestro que los enseñara.

En los días de mal tiempo, se paralizaban todas las faenas de la mar. Las mujeres aprovechaban para tomarse un descanso en la tarea de vender el pescado casa por casa en los barrios y con la bañadera de latón a la cabeza. Viendo la mar

enrebiscada y las olas salpicando fuerte sobre las peñas, sus pensamientos iban derechos al recuerdo de los hombres y muchachos jóvenes que, en un día como éste, -decían entre lágrimas- habían desaparecido tragados por la negrura de las profundidades. Y por eso, es habitual el atuendo, con vestido negro y con el pañuelo negro a la cabeza de las mujeres que pregonan y venden el pescado por los pueblos de las islas. El trabajo del pescador siempre es duro y se debate entre la vida y la muerte cada día que sale a la mar a faenar. Y no es raro tampoco, ver cerca de una peña de los alrededores del pueblo de pescadores, una cruz clavada, como señal inequívoca que por allí desapareció un pescador mientras estaba pulpiando en la base del risco, de esto hace ya muchos años. A los claros del día, la cruz aparecía adornada con flores frescas.

En las noches de luna clara, cuando los brillantes reflejos de las corrientes dibujan extrañas formas sobre la mar, las madres y esposas de los pescadores, a escondidas y casi en secreto, van a la punta arriba del risco a ver si, entre aquellas formas raras que se ven, aparecen arrastrados por la corriente los cuerpos de los desaparecidos seres queridos. Mientras, un perro en la noche ladra a la luna y las mujeres regresan a sus casas desconsoladas. Los ladridos del perro -dicen- traen malos presagios. Al siguiente día, volverían a realizar el mismo rito: el humano oficio de la espera Todas las madres esperaban ver llegar algún día fondeado en el caletón frente al risco, una gran embarcación y, desde los altos del puente de la nave, ver los saludos de sus hijos y maridos. Se negaba a creer que la desaparición fuera para siempre....

En una casita blanca, al lado de la pequeña ermita, vivía una familia de pescadores que también estaba abatida por la tragedia y el dolor. De los cuatro hijos que tenían Andrés y Candelaria, uno murió al riscarse siendo pequeñillo. Y, hacía unos meses, los dos mayores-Juan y Manolín- nunca regresaron desde el día que fueron a levar las nasas. Sólo les quedaba el más chico de ellos: Andresín. La madre se pasaba el día llorando a lágrima viva. Andrés, el padre, estaba todo el tiempo yendo y viniendo a la punta arriba del risco, a ver si veía algo. En su casa se pasaba todo el rato con la cabeza gacha y tratando, a pesar de su inmensa desolación, de consolar a su afligida esposa, desesperada por la desaparición de sus hijos.

Andresito El Viejo, abuelo de Andresín, hacía las veces de maestro de todos los chiquillos del pueblillo de pescadores gracias a su enorme capacidad y sabiduría. Gracias a las enseñanzas del abuelo maestro, Andresín aprendió mucho y con grandes sacrificios pudo estudiar por la noche, después de ayudar en las tareas auxiliares de la pesca. Su padre, habló con la gente de la Comandancia de Marina y el chico fue a estudiar una carrera para hacerse patrón de embarcaciones. Su madre no quería. Presentía que también iba a perder a su hijo pequeño. Creía, que no volvería a verlo nunca más, una vez se enrolara en los barcos de altura. Su padre, mientras, lo cogió de un brazo y se lo llevó con él hasta la punta arriba del risco. Cuando estaban solos -eran observados por la madre desde lo bajo, en el caletón- el padre le dijo extendiendo una mano hacia la inmensidad del mar:

¡Por allí!. Por allí he perdido a las personas que más quería en este mundo. Por allí se marcharon tus hermanos. Ninguno ha regresado. Tu marcha es un nudo en la

garganta de tu madre. Y para mí también. No voy a oponerme a lo que sé que es la gran ilusión de tu vida: ser oficial de un buque mercante. Sólo te pido que no olvides nunca que en este pueblo pequeño están las personas que más te queremos en el mundo. Tu marcha no es un abandono. Lo sé. Vámonos y cuando lleguemos a casa, ve al cuarto chico y recoge todo lo que tengas que llevarte y no digas nada a tu madre.

Cuando Andrésín se alejaba por la vereda que salía del pueblillo, sus padres llorando desesperados le abanaban con sus pañuelos. Todas las mujeres del pueblito marinero estaban asomadas a las ventanas y, entre lágrimas también, saludaban al muchacho. Los hombres le palmeaban la espalda y le pedían que escribiera y que querían saber cosas de él. El lo prometió y, entre sollozos se perdía de vista hasta llegar al lugar convenido para la partida con su abuelo, el viejo farista . Aquel fue otro día de duelo en el pequeño pueblo de pescadores.

Y el tiempo fue pasando de forma inexorable. El cartero pasaba una vez al mes por el pequeño pueblo y casi siempre, traía noticias de la suerte de Andrésín. Sus padres se alegraban y, orgullosos, leían en corro con los vecinos las cartas de su hijo. La alegría terminaba en llanto por la ausencia del hijo. Un día, Andrésín les mandó a decir que no esperaran noticias suyas en un tiempo, porque tenía la intención de hacer un viaje muy largo por países lejanos. Aunque –él- trataría de ingeniárselas para hacerles llegar noticias de su paradero y de sus andanzas por los diversos puertos en que recalara.

La vida en el pequeño pueblo de pescadores seguía igual que siempre, monótona, anodina y se hacía aún más tediosa con el solajero estival. Los hombres a pescar desde el alba. Las mujeres a vender lo encontrado en las redes y los niños, a jugar en la playa y a pescar en los riscos y peñas cercanas al caletón. Los viejillo a reparar las artes de pesca y haciendo nuevas nasas y guelderas. En el pequeño pueblo había tanta soledad como sol y el aburrimiento sólo era interrumpido por los comentarios y las controversias surgidas al avistar en aguas próximas al caletón, alguna embarcación grande. Todos esperaban tener una de esas naves portentosas. -Con una como ésa –decían- yo no tendría miedo al vendaval. También las mujeres seguían visitando en silencio el santuario interior de la esperanza y el recuerdo. Siempre que había luna llena, iban a llorar a la punta arriba del risco y, siempre, siempre, con algún ramo de flores engalanaban las cruces de lo más alto del risco. La estancia en el lugar concluía con lágrimas al recordar los días felices pasados con sus desaparecidos y el eterno preguntar sin respuesta: ¡Dios mío, tráemelo vivo o muerto!. ¡Por Dios, que yo lo vea!.

Pasaron muchos años y un día el cartero llegó al pequeño pueblo con noticias de Andrésín. Andrés y Candelaria, estaban envejecidos tempranamente. La soledad y el sufrimiento habían hecho que mermaran en salud y en lozanía. Pero las noticias que les mandaba su hijo eran tremendamente esperanzadoras. ¡Volveremos a ver a nuestro hijo!. Ese era el pensamiento del matrimonio mientras se abrazaban llorando. Según se decía en el pueblillo, Andrésín había hecho fortuna y venía a buscar a sus padres para llevárselos a la capital. Era lo que se especulaba en las esquinas del pueblito y en la punta arriba del risco sobre el caletón. Las mujeres permanecieron en

las ventanas hasta casi el anochecer, mirando por donde un día vieron salir al muchacho en busca de su destino. Comentando la vuelta de Andresín, se les echó la noche arriba y lentamente se fueron acostando todos los vecinos. Al día siguiente, si hacía buen tiempo y la marea no se viraba mucho, irían a levar las nasas. Otros echarían los chinchorros y, aprovechando la bajamar de la madrugada, con los mechones intentarían cangrejar en los veriles de las peñas. Otros cogerían las lapas y en los charcones ocultos por la marea llena, intentarían enredar algún pulpo con la fija. Así pasaron muchos meses. De Andresín no se tuvieron más noticias ...

Una mañana, a los claros del sol y frente mismo a la playa del caletón, el padre de Andresín escuchó el revoloteo de las gaviotas. Era raro –pensó. Aún no habían salido a pescar y las gaviotas ya habían ido a esperar a los mariantes. Se levantó más luego que nunca y, su mujer que estaba despierta, le dijo: -Andrés, ¿A dónde vas, si todavía es luego?.

-Voy a ver. Fue su respuesta.

Echó a correr a la punta arriba del risco y vio una magnífica embarcación. Toda iluminada todavía y el resplandor de sus luces meneándose por la marea llegaba hasta la misma playa. Sobre el puente del barco vio gente ajetreada y voces que llegaban lejanas e imprecisas hasta sus oídos. Decidió esperar hasta el amanecer. Ya habían luces en las casitas blancas del pequeño pueblo de pescadores.

Aquel día parecía que iba a ser un día grande. Los pescadores se dirigían con sus atarecos al pequeño embarcadero dispuestos a la cotidiana tarea. Todos repararon en la grandiosa embarcación fondeada frente a la playa. Será algún barco averiado –decían-, al tiempo que enfilaban la proa mar adentro.

De pronto, vieron una lancha motora que desde el barco se dirigía a la playa. Le hicieron señas para que se acercaran al embarcadero. La motora era grande, mayor que cualquiera de los barquillos de la flota que había en el pequeño pueblo. Venían en ella cuatro personas que todavía no se les distinguía bien. Conocidos no era, al menos para los presentes. Cuando ya estaban próximos, se escuchó un grito fuerte: - ¿Dónde está mi padre?. ¡Soy Andresín, el de Andrés y Candelaria!. Todos se botaron al agua contentos de alegría: ¡Andresín, es Andresín!.

- Tu padre está en la punta arriba del risco desde antes que aclaró el día .

Andresín miró hacia el risco y lo vio. Alzó la mano y su padre alzó la suya. Andresín no pudo ver el rostro de su padre, con lágrimas en los ojos cayendo por la cara ennegrecida por la brisa y el sol, y, sobre todo, por el sufrimiento.

Las mujeres corrieron a dar la buena nueva a Candelaria. Entre sollozos la llevaron a la playa a ver a su hijo Andresín y los sollozos se generalizaron cuando Andresín abrazó a sus seres queridos. Todos se arremolinaron a preguntarles cosas y a Andresín, que cómo fue que le fue tan bien. ¡Hola amigos! –dijo el apuesto joven. ¡Gracias señores por el recibimiento! – les decía a todos, a las mujeres y a los muchachos y muchachas. Estas, estaban asombradas de las buenas maneras de

Andresín. La playa estaba abarrotada de gente. Grandes y chicos impedían a todos abrirse hueco. Ante la algarabía que se estaba formando, Andresín levantó una mano pidiendo atención. Y dijo, con una voz que a todos les pareció solemne:

-Hoy es un día grande para nuestro pequeño pueblo y también para mí. En la embarcación que está fondeada hay un gran tesoro que pronto mandaré traer. Todos los vecinos tendrán su regalo y los niños no se quedarán desconsolados.

Después hizo señas a sus compañeros de la lancha motora y ésta, partió rauda hasta la embarcación grande. En dos barcazas de remos subieron ocho hombres. Iban repletas de fardos y cajones de madera. En la motora, subieron dos marineros. Las tres embarcaciones se dirigieron lentamente a la orilla de la playa. Todos estaban expectantes y Andresín, antes de que vararan hizo otra señal.

-Miren, en las barcazas hay regalos para todos, pero en la motora está el gran tesoro del que les hablé. Pegó un silbido y de ella, saltaron al agua dos hombres a los que no les importó mojarse las ropas y nadando se iban acercando a la orilla. A medida que llegaban se iban despojando de las chamarras de cuero que traían y las gorras de marino. Iban en dirección a Andresín y sus padres. A todos se les hizo un nudo en la garganta. ¡Eran los hermanos de Andresín!. ¡Son ellos!, gritaban las mujeres.

-¡Hijos míos!, dijo la madre. Y la tuvieron que agarras para evitar su desmayo. Una vez reanimada, fue estrujada por los brazos de sus tres hijos. Andresín llamó aparte a su padre:

-Papá, mi única obsesión desde que salí de este pueblo, fue la de dar con ellos y traérselos a mamá. En tu mirada siempre vi que no te resignabas a perderlos para siempre. Tu tenías el presentimiento e intuías que no habían muerto tragados por la mar. Se lo dije al abuelo farista. El me convenció y la lucha no terminaría hasta el día en que los encontrara en cualquier isla perdida del mundo. Ellos fueron recogidos por un barco extranjero y llegaron a una lejana isla. Allí los encontré, trabajando en los muelles y vinimos juntos para demostrar a todos que nunca hemos olvidado el lugar donde están las personas que más queremos en el mundo: nuestros padres.

-Gracias hijo. Fue todo lo que pudo decir el padre. Y, mientras su hijo se reunía con toda la gente, miró a lo alto del risco, se persignó y, acurrucándose para que nadie lo viera, se secó las lágrimas que corrían por su cara cuarteada por el sol y los sufrimientos de la vida.

Antes que la noche cayera sobre el pequeño pueblillo, Andresín se dirigió al cementerio con un ramo de flores para su abuelo. Su ausencia cuando llegó, fue todo un presentimiento. Entre llantos y amargura rezó una oración en memoria del viejo farista.

¡Gracias, abuelo!. -Fue todo lo que pudo decir.

III

La sopladera medio que se yo

Cuando llegan los calores fuertes en verano, en la mayoría de los pueblos canarios empiezan las fiestas. También en los barrios de los pueblos grandes, cuando hay fiestas, se engalanan las calles, se hacen arcos con hojas de palmera, se ponen banderitas de papel y se colocan bombillos de colores alrededor de la plazoletilla en donde se celebran las verbenas.

La noche anterior al santo, es preceptivo el espectáculo pirotécnico con los fueguillos, pero sin duda alguna, el día más esperado es el de la fiesta principal en honor del santo o la patrona. Desde por la mañanita una orquesta toca la diana y el repique de campanas y los estampidos de los voladores despiertan a todo el vecindario. Cuando sale la imagen del santo después de la misa, las tracas de voladores asustan a los más chicos, ladran los perros y revolotean en el cielo las palomas. Los padres y las madres con sus hijos, luciendo sus mejores galas, esperan en el borde de la calle hasta que salen las autoridades, el cura, el santo o la santa y después, toda la gente a la que ellos mismos se unirán para seguir el recorrido procesional de costumbre. A los chiquillos es lo que menos les gusta. Quizás porque no comprenden el rito y la liturgia del seguimiento de la procesión.

Lo que más les gusta a los pequeños -sin duda ese es el verdadero placer de sentirse en fiestas- es, comprar un cartucho de turroneos en los puestos turroneos, chupar un cucurucho de helado fresquito y darle la lata a los viejos para que compren una pelota de colorines de goma con una sopladera dentro y un elástico por fuera. Otros, sin embargo, se conforman con pedir una pita de plástico y armar bulla con ella. Algunos sólo tienen ojos para mirar los puestos de golosinas: manises garapiñados, turroneos, algodón de azúcar, roscas y otras chucherías. También los hay que cogen una perreta porque quieren una sopladera grande. Sí, de esas que tiene el hombre de las sopladeras, en la punta de un palo de junco, como los palos de los voladores, pero más fuertes.

Manolín, el de Maruquita la de la esquina, cogió una parecida a dos cuando, en la fiesta de su barrio, le dijo a su madre que le diera los cuartos para comprarse una sopladera grande y que parecía una enorme pera. La madre le dio un espermio y el muchacho se asustó.

-¡Quita pallí!. ¡Una sopladera, ahora!. ¡Antojadizo!. ¡Malcriao!. ¡Un soplamoco es lo que te voy a dar!. Humm... Manolín se quedó medio sorimbao durante todo el día de fiesta. De la magua que tenía se le quitaron las ganas de ir a jugar con los primos del campo que llegaron la noche anterior para ver los fueguillos. Se pasó todo el día en la terrera jugando con una camioneta vieja de madera descolorida y oyendo el eco de los altavoces radiando canciones que se dedicaban los novios y las novias del barrio.

El abuelo de Manolín, el de Maruquita la de la esquina, se fijó en su nietillo y, como el que no quiere la cosa, se acercó al muchacho:

- ¿Qué te pasa, Manolín?.
- Oh, que mi madre no me da las perras para comprar una sopladera, de las que tiene el hombre abajo –dijo desconsolado el chico.

El abuelo sacó la petaca que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón, como haciendo que iba a sacar picadura, desamarró un pañuelo y cogiendo ocho duros sueltos se los dio al nieto.

-Toma, para que te compres una sopladera y con lo que sobre, vas al puestillo de los mantecados y te compras un molde de helado grande. Disfruta hoy que es la fiesta.

Manolín cogió las perras y salió como un volador. Sus primos y amigos le vieron correr como un loco por la cuesta pabajo. Ni siquiera se fijó en ellos. Se fue derecho al puesto que tenía el hombre de las sopladeras y se compró una muy preciosa. Manolín, haciéndole caso a su abuelo, -era un chico noble y obediente- se pasó por el carrillo de los helados y se compró un mantecado y, mientras se lo lambiaba para que no se derritiera, iba echándole un ojo a la sopladera. Como si quisiera hablar con ella. ¡Estaba tan privado!.

Por la tarde-noche, desde su casa en el risco, se oían los ecos yendo y viniendo de la musiquilla de la verbena, abajo en la plazoletilla que hay al lado de la iglesia. Antes de que sus tíos y primos fueran llegando a casa, Manolín ya estaba en su cuarto. Se acostó lueguito aquel día y enseguida se quedó dormido. De su mano, por fuera de la cama, pendía un hijo y, en la punta, la sopladera grande cerca del techo del cuarto. Era encarnada y azul y tenía la forma de una pera gigante.

De pronto, la sopladera se puso en movimiento y levantó a Manolín de la cama. Al principio se asustó un pisquillo, pero al golpe, Manolín le fue cogiendo el gustillo a la cosa. Vio que la sopladera se agitaba, como si quisiera echarse fuera de la habitación y de la casa. Ya era de noche cerrada y apenas se veían unas cuantas luces abajo en los alrededores de la plaza. Manolín remontó el vuelo, mejor dicho, la sopladera. El, lo único que hacía era decir: - No, por ahí no, sino por aquí. Y la sopladera cogía rumbo.

-Vamos a ver los perros de la Plaza de Santa Ana. Acto seguido ya estaban planeando sobre las cabezas de las zoopiedras de la plaza mayor. Luego se le antojó ir al paseo de las Alcaravaneras para ver los barquillos de turismo y las lanchas

motoras. Lo más que le encantó de la visita al puerto, fueron las maniobras que hicieron los botes de vela latina. Como si quisieran hacer una demostración para que Manolín los viera. Después se fueron a Las Canteras y allí vieron una cantidad del demonio de turistas, la mayoría de ellos rubios y coloraos como cangrejos de estar al solajero todo el día. Cuando estaban en el muelle fueron a ver los trabajos de estiba y el frío de los congeladores gigantes de los japoneses.

Volando, volando, se fueron a ver un entrenamiento de la Unión Deportiva en el Estadio de Ciudad Jardín. Como quiera que Manolín le iba cogiendo el gustillo al vuelo, se marcharon a ver el resto de la isla. Se fueron a la cumbre, a Tejeda, pararon un ratillo en el mirador y vieron los burros que hay allí para sacarse la foto los turistas que vienen a la isla.. Se subió a la punta arriba del Roque Nublo y también del Bentaiga. Sintió el friillo en los cachetes y notó que los tenía calientes a pesar del chirote y comprendió entonces por qué los niños del campo tienen los cachetes encarnados. De allí fueron al sur, a Maspalomas, a las dunas y volaron rastrerito cerca de la arena y pasaron por el enorme Faro. No tenía muchas ganas y no fueron a los pueblos nuevos que hay para los turistas en la zona del sur. Le daba un poco de pena, porque no había muchos canarios sino extranjeros. De repente le entró ganas de ver los aviones y se fueron derecho a Gando al aeropuerto.

-Ñoooo!. ¡Qué grandes! –dijo Manolín, viendo los aviones al tiempo que jalaba del hilo a la sopladera para que se acercara un poco más a ellos para poder verlos bien. El, también quiso volar y le dio por elevarse con la sopladera. Arriba, arriba, arriba, hasta que sintió como un temor y dándole un tirón que da miedo al hilo de la sopladera, dijo:

-Vámonos. Otro día seguimos con el viaje. –Acuérdate –le dijo a la sopladera- que tenemos que recorrer todos los pueblos de las islas. Iremos a Tenerife a ver al gran Teide; volaremos a Lanzarote y Fuerteventura y pasaremos por La Graciosa. Echaremos unos lances y con lo que se pesque comemos allí mismo. Tenemos que ver la Caldera de Taburiente, iremos a echarle un vistazo al Teneguía. También veremos los Bosques de La Gomera y pasaremos por El Hierro a ver cómo están los lagartos grandes. Volaremos rasito, rasito, en encima de las aguas del océano a ver si somos los primeros en encontrar la Non Trubada –San Borondón-. En fin... estoy cansado. Es mejor regresar que ya por hoy ha estado bueno. Otro día seguimos el viaje, ¿Vale?. Y le tiró un beso volado a la sopladera con la mano que tenía libre.

En la casa de Manolín, el de Maruquita la de la esquina, nadie durmió aquella noche. Todos estuvieron pendientes de Manolín. La fiebre no se le quitaba ni por nada del mundo. Tenía casi siempre los treinta y nueve y seis décimas. El médico dijo que le pusieran paños de agua y vinagre en la frente, que eso era bueno –dijo el galeno cuando ya se marchaba de la casa. Hasta el abuelo de Manolín intervino en la atención y preparó un brebaje que era más amargo que la puñeta y, cogiendole la cabeza se la levantó un pisquillo y se lo dio a beber. El chiquillo pareció reanimarse después que el brebaje preparado por el viejo le pasó por el gznate y se le empezó a bajar la fiebre.

El abuelo le meció los pelos y picándole un ojo, le dijo

-¿Eh, Manolín?, Anoche te divertiste un rato, ¿Verdad que sí?

El chiquillo no dijo nada. Miró al techo y vio una sopladera con el hilo suelto meneándose como un rabillo. Con el rabillo parecía que le hacía regañizas. Manolín le tiro un beso y le picó señas. La fiebre se le fue bajando y el niño se quedó dormido. Aquel día, todos quedaron más tranquilos en la casa de Manolín, el de Maruquita la de la esquina.

IV

El niño peninsular

En una escuela pública de uno de los barrios del extrarradio de la capital de una de las islas, paso una vez un caso. Ahora mismo no me acuerdo bien si fue en Schamann, en la Esperanza, allá en Tenerife o en San Andrés y Sauces, lo mismo da. A lo mejor, en todas las escuelas de todas las ciudades y barrios de las islas pasa lo mismo.

La escuela tenía dos aulas granditas. Una para los niños y otra para las niñas. No era como las de ahora, sino como las de antes. Tenía un recreo con arbolillos chicos alrededor y una valla de tela metálica sin pintar ni nada. Allí jugaba a la pelota los niños a la hora del recreo y, cuando la pelota se caía fuera del recinto escolar, tenía que ir a buscarla el mismo que la botó.

El curso de mariacastañas, fue como todos los demás en cuanto a los prolegómenos iniciales: cuadernos y libretas nuevas, lápiz y goma de borrar, la maleta o el bulto nuevos, etc. No obstante, ese curso tuvo su excepción con el asunto del hijo de un señor. Según dice, este señor trabajaba en las oficinas del muelle. Se las daba el señor, de gente fina. Con su hablar peninsular dejaba medio abobados a los dos maestros de la escuela. Un maestro y una maestra.

-Marianín –decía el Sr. Abellán- ha dado en este último curso un gran rendimiento académico. Su expediente personal está repleto de excelentes notas en todas las asignaturas. Es un gran chaval, muy aplicado en el estudio. Todas las noches antes de acostarse, realiza con diligencia todos sus deberes escolares. Los demás quiquillos de la escuela estaban asombrados. Se miraban y miraban pal niño peninsular. Éste –que era presumido como la puñeta- estaba preocupado solamente de no emporcarse su terno canelo y la camisa blanca que llevaba puesta. Se pasaba la mano por los pelos como alisándose los, aunque otras veces, lo hacía de manera más fina y sacaba un batidor del bolsillo de la pulcra camisa. Todos, desde el primer día, le cogieron un pisquillo de tirria. El padre de Marianín se fue después de estrechar la mano a Don José. El maestro no se quedó muy contento del todo. Éste –dijo para sí- es un pelota y está acostumbrado a adular. A Don José García, el maestro, no le hacía mucha gracia los peninsulares que vienen haciéndose el listo. Al maestro no le gustaba pegar a los alumnos y la regla, sólo la usaba para golpear en la mesa y llamar al orden cuando los niños dejaban de atender sus explicaciones.

Un día, era un lunes, tocó dar la clase de Matemáticas y el maestro llamó a Marianín Abellán para que saliera a la pizarra. El chiquillo se asustó un poco y se levantó medio encarnado. -¿A mí?.

-¡Sí!. A ti, sí –dijo Don José. El único (iba a decir godo, pero se calló) que se llama así sos tú.

-¿Cómo?. –dijo Marianín.

-Bueno, bueno. Dí la tabla del nueve –dijo el maestro medio enroñado.

-Verá Ud., señor profesor. Este fin de semana pasado hemos ido toda la familia a una casa de campo, adquirida recientemente por papá, y no he tenido tiempo suficiente para estudiar. Dispéñeme Ud., por favor.

El maestro lo mandó sentar y llamó a otro de unas cuantas filas más atrás. El chiquillo canario, Juan Medina se llamaba él, dijo la tabla de carretilla.

-Así –dijo el maestro- así me gusta a mí. Que cuando se viene a la escuela se venga sabiendo lo que ya se ha dado. Ante estas palabras, Marianín se hizo el longo, como si la cosa no fuera con él.

Tanto en el recreo como a la hora de entrar o salir de la escuela, Marianín intentaba dar de merecer a los demás niños. He observado –decía, dándose pisto- que en vuestra tierra no hay ríos. Mi papá gusta de ir a pescar peces de agua dulce y traémoslos a toda l familia. Mi mamá los arregla en casa y prepara unos pinchitos la mar de sabrosos. Aquí, en vuestra tierra no existe esa posibilidad –terminó diciendo, como de jodelón.

Juan Medina y otro chiquillo, que se llamaba Pedro, pero al que todos llamaban Perico, se estaban mordiendo la lengua. Siempre era el mismo chinchoso el chiquillo peninsular. Un día, entre los dos, se propusieron darle una quintada al peninsular. Cuando se pusieron de acuerdo, un día, con el pretexto de ir a afilar el lápiz en la papelera de Don José, Perico fue el que fue, puso sobre la mesa de Marianín un cacho papel escrito en el que decía:

-¡Sos un machango!.

Marianín se dio cuenta un rato más tarde y, como era un chismoso, fue y se lo dijo al maestro, armando un jaleo tremendo.

- Señor profesor, alguien de la clase ha dejado sobre mi pupitre una misiva en un lenguaje totalmente indescifrable para mí. ¿Sería tan amable de explicarle el significado de: ¡sos un machango!?.

Todos los chiquillos se explotaron de risa. Se armó una parecida a dos. Hasta las chiquillas de la otra aula se espantaron ante el revuelo que había en la clase de Don José. La maestra se asomo a ver. –Nada, no es nada- dijo el maestro. A Manolillo el chico, uno medio negrilla, que también se reía como el diablo, casi se le salen las velas. El maestro comprendió que aquello era la puesta en práctica de un

mecanismo de defensa de los niños de aquí, y que el de allá, no se enterabas de lo que estaba pasando. Por eso procuró darle una explicación más o menos convincente. Bueno –dijo- esto es un dicho de aquí que Uds., que son de otro sitio, no entienden, pero no tiene importancia. Cuando en la escuela pasan cosas así, lo mejor es no darles importancia. No te preocupes. Marianín, medio sorimbao, no las tenía todas con él y moró a los demás niños con los ojos atravesados. Don José dio unos golpes en la mesa con la regla y siguió la clase sin más incidentes. Cogió el cacho papel, se viró hacia la pared a leerlo. No pudo contener una media sonrisa y lo tiró a la papelera. Se fue a la pizarra y escribió la palabra Dictado. Solicitó un voluntario para que saliera a escribirlo en la pizarra. Dada la tensión habida, nadie se aventuró a salir y el maestro tobo que llamar a uno de ellos para que hiciera el dictado.

Marianín, a pesar de haber hecho el ridículo más grande que recuerdan todos los chiquillos de aquella escuela, seguía fijo echándose a dando que merecer a los de aquí.

-Este fin de semana hemos jugado al golf. Al otro día, que si su familia le habían inscrito en un club de natación... –Voy a ser la admiración de todos los amigos cuando vaya a veranear a mi tierra. Así estaba fijo, con el mismo regodeo. Los chiquillos le tenían que coger coraje a la fuerza. – ¡Mira el bobilín éste! -decían entre ellos. Que si su padre tenía no se cuántos caballos de pura raza en la sierra y otras machangadas por el estilo.

Un día, en el recreo, Don José mandó a buscar a Perico con Manolillo el chico. Don José que vayas –le dijo el medio negrilla al otro. Perico fue a ca el maestro. Éste le echó el brazo por arriba y caminaron juntos un ratillo por el recreo.

- A ver Pedro, ¿Porqué le escribiste la nota aquella a Marianín?. Intenta hacerte amigo de él, por favor.

-Ah, eso sí que no, Don José. Ese niño litri no puede ser amigo. El no es amigo de nadie porque es un tolete. No habla nada más que de lo de ellos y lo de nosotros no sirve. Por eso le puso aquello en el papel. Además, si su padre pesca o no pesca en un río, a mí me da igual. Mi padre es chófer de una guagua y los domingos sale con un barquillo a echar el chinchorro y yo voy con él. Pero no voy por ahí diciéndoselo a todo el mundo, como si fuera una cosa grande. Ninguno de nosotros necesita apuntarse en ningún sitio para aprender a nadar. El que más y el que menos ha ido a la orilla de la mar a echarse unos margullos y sin tragar agua. Además, -dijo enrabiado el chiquillo- lo peor de todo, es que cuando no se sabe la lección, todo son disculpas. ¡Así hasta yo!. Si él no nos quiere entender que no nos entienda. Nosotros nos entendemos y listo.

-No te enroñes, Pedro. Ellos son así casi todos. Estoy de acuerdo contigo. El que debe hacer una esfuerzo de integración es él y no ustedes. A mí también me relaja, no creas. Vamos que ya es la hora de entrar a clase.

Pasado un tiempo, de buenas a primeras, Marianín Abellán dejó de ir a clase. Todos se extrañaron un poco. Estaban ya acostumbrados a oír la pita del coche del padre del peninsular cuando lo llevaba a la escuela, que la echaron de menos.

-Estará malo-dijeron. Hasta Don José García pensaba lo mismo.

-A lo mejor.

Un par de semanas después se enteraron que al padre de Marianín lo metieron en la cárcel. La madre, con sus hijos se fue a la tierra de ellos. Parece ser que, por lo visto, el Sr. Abellán perdió el trabajo que tenía en el muelle. Por lo que se dijo, lo cogieron trapichando en los almacenes de un compañía extranjera del puerto. Según se oyó decir, era medio cambullonero también.

Juan Medina, le dijo a Manolillo el chico:

-¿Te enteraste de lo del padre del niño litri?.

-¡Sí!. ¡Qué bueno estuvo!.

Perico, que se enteró del asunto mientras iba a la escuela, se dijo: -¡¿No fumas, bobilín?!.

A nadie le quedó magua de lo sucedido con la familia de Marianín el peninsular. Don José se dio cuenta del cambio de actitud reflejada en sus alumnos por esa situación y, con unos golpes en la mesa con la regla, puso orden y llamó la atención de la clase. Hasta él, estaba más tranquilo que otras veces. La escuela del pueblo volvió a ser como antes. Mucho más normal.

V

La finca de los árboles de todo el mundo

Por la misma orillita de la carretera había una vereda por donde se llegaba a la finca con árboles de todas las clases habidas y por haber. Era la finca de todos los árboles del mundo –como decían los chiquillos. La finca estaba a mano derecha antes de llegar al barranquillo donde los chiquillos tenían el campo en el que jugaban a la pelota. A él, acudían todos los días después de salir de la escuela y estaban jugando hasta que era nocecita. A veces, las madres de los niños gritaban a sus hijos cuando ya era mucho la tardanza y, allá al oscurecer, se oían los gritos pelaos de aquellas mujeres en busca de sus hijos.

-¡Manolooooo!.¡Manolooooo!.

-¡Ignacioooooo!.¡Ignacioooooo!.

Los padres de algunos tenían la maña de pegar un silbido que retumbaba en todo el barranco. Los chiquillos al oírlos, se paraban y dejaban la pelota quieta y salían volando. Otros, si estaban haciendo alguna perrería –que era lo habitual- se asustaban y haciéndose el bobo, salían derechito con las manos atrás o pegándole una serrera a las latas de aceite

vacías que se encontraban en su camino, se dejaba ver de su padre o de su madre, ajenos ellos a la perrería, y contestaban:

- ¡Ya voooooy. Ya voy ya!.

En el campillo y sobre todo, en los andurriales próximos al barranquillo, no sólo se jugaba a la pelota. Allí tenía su lugar el campamento de todas las andadas de los chiquillos. Allí se conspiraba contra los chiquillos de La Isleta, del Polvorín, de Los Giles y, hasta contra los del Risco de San Nicolás. Desde allí se organizaban auténticas batallas que se libraban en los terrenos neutrales que el encargado de cada barrio proponía al del otro. El que ganaba la pelea podía presumir más tarde de su valor y contar su gesta a los demás el domingo después de salir de la misa de las once. Y podría cortejar a las chiquillas. A todas, sobre todo a las del barrio enemigo. Algunos de ellos presumía tanto, si grandes era las muestras de la lucha que presentaba su cuerpo. Por ejemplo, una cortada de arco pipa en la rodilla hecha con una espada, un chichón en la cabeza de una certera pedrada del ejército enemigo. Los reguñones cicatrizados no merecían grandes comentarios, pues éstos, se los podía

hacer uno mismo cuando se pegaba un talegazo jugando a la pelota. Pero si la herida de guerra costaba ir al médico, entonces adquiría el guerrero rango de mutilado en combate. A éstos, les colgaban una medalla que ellos mismos hacían con la chapilla de un botellín de cerveza. A veces, también servía una chapa de las que venían en las trenzas de chorizo a la que, después de escachada con una piedra, le abrían un agujero para pasarle una verguilla con la que, a modo de cadena, se las colgaban al cuello. El combatiente la lucía encogiendo la barriga y echando fuera el pecho. Igual que en las películas o como hacen en las procesiones los militares de verdad. A veces las batallas eran tan brutas, que los hombres que trabajaban en las fincas de los alrededores del campo salían y tenían que separarlos, pues los gritos y los llantos de alguno les advertía que se estaba pasando del sano juego al lindero de lo salvaje. Por parte sobre todo, de los abusadores que siempre los hay. Los hombres salían corriendo y éstos, al verlos, salían escapetados como voladores.

-¡Si te cojo, te hago yo a ti, granuja!. ¿No ves que sos mas grande que él?. ¡Cuando tenga unos cuantos años más, a ver si te atreves a darle, machango el carajo!. Y, dirigiéndose al chiquillo objeto del abuso, le decía:

-A ver. ¿Qué te hizo el gandul aquel?. Vaya, no es nada. Tu no te metas con él, que es mas grande que tu –le decía el hombre cariñosamente, mientras le pasaba la mano por la cabeza. Los niños no pelean. Los que pelean son los perros. Anda, vete tranquilito a tu casa, quería. Vaya, no estés llorando, que los hombres no lloran. El chiquillo se le quitaba la pejuguera y dando pujíos se iba a su casa mucho más tranquilo.

Casi siempre, después de jugar a la pelota y cansados de múltiples perrerías, al anoecer, los chiquillos se metían en la finca de todos los árboles del mundo. Así la llamaban porque había de todas las clases. Durazneros, naranjeros, nispereros, aguacateros, membrilleros, ciruelos, castaños, limoneras, palmeras datileras, manzaneros, guayaberos... También había millo plantado, una fila de papayeros por toda la orilla de la sillería y cada unos cuantos matos, una higuera que sobresalía por el borde de la sillería. A veces se metían en la finca y hacían un desbarajuste del coño parriba. Tiraban los millos, zarandeaban el aguacatero, le partían las ramas y e hacían rajadas en el tronco al papayero. Incluso le viraban las tornas al dueño de la finca y, cuando éste se daba cuenta al día siguiente, cuando iba a regar, se enroñaba como la puñeta. Ese día, estaba acechando como un celador y al llegar los chiquillos cuando iban al campo a jugar a la pelota, les salía al paso, los trincaba por un brazo y les decía:

-¿Quién fue el granuja y tiesto que se metió ayer en la finca?. ¡Si cojo a uno, le voy a dar un sebollinazo, que se mea por las patas!. ¡Oh, reconcio!.

Los autores de la perrería no aparecían por el barranquillo ni en quince días. Siempre era lo mismo. El pobre viejo se cansaba de acechar entre los vericuetos de su finca. Los chiquillos le decían, el perro cazador, porque estaba todo el santo día arriba y abajo vigilando para que los chiquillos no se metieran en ella.

Un día, les dio la venada de jugar a la guerra. Pensaron en mandar un mensajero a Los Arenales, para ver si daba con alguno de La Isleta y decirle cuando sería el día de la batalla. Además, con la severa advertencia de que no valía traer escudos con arco pipas en los bordes y lascas de piedra viva tampoco, ni verguillas enrolladas en la punta de las espadas. La pelea tenía que ser limpia. Y el que fuera mejor en el combate sería el que ganara. La batalla se concretó para el sábado por la tarde y la propuesta de los de La Isleta fue, que el agua la ponían ellos. Estuvieron todos de acuerdo y empezaron los preparativos desde aquel mismo día. El que hacía de capitán les dijo a los suyos que prestaran atención:

-Si vamos perdiendo, corremos a la punta abajo del barranquillo y saltamos el murillo. Nos metemos en la finca, aunque esté el perro cazador, y salimos por la riscaera del barranco grande. ¿Vale?. Todos dijeron que sí y se fueron a sus casas. Todos iban enterregados como el demonio. El ritual guerrero exigía entrenamiento y aquel día hicieron maniobras de preparación del combate que habría de librarse el sábado por la tarde.

Fueron llegando en pequeños grupos al barranquillo. Cuando estuvieron todos empezaron a comentar lo que cada cual haría durante los combates. Eran los últimos retoques a la estrategia convenida y la puesta en práctica de las tácticas acordadas entre ellos. De pronto avistaron al ejército enemigo. Los vieron venir por la ladera. Eran una fila de ellos. se asustaron por el elevado número de efectivos que traían. Eran más que ellos. Entonces el que hacía de capitán, le dijo a uno de los más chicos:

-Vete a los grupos de casas baratas y recluta gente. Nos van a hacer falta.

El chiquillo corrió escondiéndose para que los de La Isleta no se dieran cuenta, pero ya éstos se habían fijado en el que corría. Se sonrieron. ¡no sabe él lo que es bueno!.

Lo trincaron justo cuando llegaba a la carretera. Eran de los del otro bando. ¿A dónde vas? –le preguntaron. ¡A buscar refuerzos, no?.¿Toma!. –uno de ellos le soltó un soplamocos que le dejó la oreja del lado derecho echando chispas.

Abusador –fue la contesta. A mi padre se lo digo. ¡Plaff!. Se llevó otro sonío por la otra banda. Se echó a llorar el infeliz dando esperríos. Entre dos lo cogieron y lo botaron al suelo en medio de las barrillas y le dieron dos piñas y le restregaron la cara en la tierra. Le salió sangre y se manchó el camisón y los pantalones se le quedaron emborregados con la barrilla y la tierra. Le dieron dos patadas en el suelo mismo y fue pasando por cada uno de ellos. Eran seis viles cobardes para uno solo, chico e indefenso. Al final, después de consumir la agresión, lo dejaron. El chiquillo llegó a su casa si resuello.

En el campo de batalla, las cosas discurrían sin tener noticia alguna de lo sucedido con Antoñillo el de Micaela. Ya estaban los dos ejércitos frente a frente y a una distancia más o menos. Los de La Isleta, los otros, se veía que tenían ideas. Se abrían en abanico, como intentando rodearlos. Había especial concentración en las serreras, pues las piedras lanzadas les harían volver a antiguas posiciones menos

cómodas para ellos. Se dieron luchas entre verdaderos maestros de pelea. Espadeaban como demonios, casi expertos en esgrima algunos. A la hora y media después del inicio de las hostilidades, ya los chichones y los boquetes de las pedradas eran claros síntomas de la belicosidad de los contendientes. Se veía a los soldados amarrarse el pañuelo a la cabeza, sobre la frente, para atajar el sangrerío. Los otros tenían más fuerza que los de aquí. Eran más y venían mejor dispuestos a la lucha. Eran rápidos como la puñeta y entraban a saco con las espadas y daban donde cogieran. Parecían medio locos y daban unos gritos como los de los indios y después, cuando ya tenían al enemigo en el suelo, le daban un fleje de puñetes en la barriga o por donde fuera. Los de aquí, viendo que las cosas se ponían feas, dejaron de creer que por ser conocedores del terreno iban a ganarles y, ante el cariz que tomaba la desigual batalla, ya pensaban en salir corriendo. No le tenían miedo al ridículo que iban a pasar el domingo al salir de la misa de las once. Incluso se estaban proponiendo no ir ni siquiera a la misa. Sencillamente, tenían miedo. Cuando más encarnizada estaba siendo la batalla, se dieron de frente con un hombre. Tenía el cinto en la mano. Venía hecho una fiera.

-¿Quién fue el bandido que le pegó a mi hijo Antonio?.

Los de allá salieron corriendo. El hombre trató de coger a uno pero se le escapó de las manos. No obstante, se llevó un cintazo del coño que le dejó el culo ardiendo en fuego. Al correr tropicó y el hombre lo agarró por el pescuezo y le dio un abanazo y el chiquillo se echó a llorar. En esto, el hombre de la finca, el perro cazador como lo llamaban los chiquillos, saltó desde la sillería de la finca y corriendo agarró al hombre por detrás.

-¿Qué vas a hacer, Antonio?. ¡Te vas a desgraciar!.

-¡Lo cojo y lo mato al penco este!. Mira como me dejaron al pobre Antoñillo. Mira, cabrón- le gritó al chiquillo que ya había traspuesto- dile al machango de tu padre que venga a verse conmigo. Desgraciado.

-Vamos –le dijo el viejo. ¿No ves que son cosas de chiquillos?. Mañana estarán juntos otra vez y tú no debes coger cabreaduras por ellos. Todos son iguales, tanto éstos, como los otros. Al más chico es al que siempre le toca la peor parte. Yo me estaba fijando en todo y tu hijo fue un tolete al ir solo a buscar amigos. Debí quedarse , porque los otros eran más. Antoñillo el de Micaela, junto con a su padre, todavía llevaba el susto en el cuerpo y las señales de la paliza que le dieron. El viejo invitó a Antonio a ver una machorrilla que tenía en el alpendre de su finca. Al parecer estaba pensando en quitar las cabras. Entraron los tres y al pasar por el pajar, le dijo a Antoñillo:

-Mira, vete cogiendo fruta con este cereto para que se lo lleves a tu madre y le dices que es un regalo mío, ¿eh?.

Mientras el chiquillo cogía las frutas, los hombres estuvieron tratando el asunto de las cabras y de cómo iban las cosas de la labranza. Que si el agua cara, que si las

tierras no dejan nada y yo ya me estoy haciendo viejo, que si me voy con mis hijos a la capital y otros asuntos relacionados con la agricultura. Se despidieron de noche casi. Ya iba el padre llegando a la carretera, cuando Antoñillo volvía a devolverle el cereto al viejo. Éste, lo estaba esperando como cosa buena.

Mira –le dijo cogiéndole suavemente por el hombro- yo sé que tú también sos de los que entras por las noches y destrozás todo lo que encuentras en la finca. Eso no se hace. Mira, si yo me enfado, es porque no me gusta que estén cogiendo la fruta antes de estar madura. Cuando las támbaras están verdes dan carraspera. Es mejor esperar un par de meses a que estén buenas. Entonces sí. Igual que el millo. Hay que esperar a que retoñe bien y las piñas tengan grano y estén listas para un cochafisco. Dile a tus amigos que yo, no soy tan malo como ellos piensan. Uds, son mi verdadera compañía. Mira, el campo donde juegan a la pelota es terreno mío. Yo no digo nada porque sé que ustedes no tienen otro sitio donde ir a jugar. Pero los destrozos no benefician a nadie. Mira, vengan mañana a la hora que quieran y me ayudan a recoger las papas que tengo en el cantero de abajo. Eso, si todavía están sanas, porque por allí huyeron de tu padre los de La Isleta. Después hacemos un cochafisco entre todos. Y cogemos unas cuantas naranjas para cada uno y nos comemos un par de papayos grandes y maduritos. Tu, tráete una talega para echarte unos cuantos limones para que se los lleves a tu madre, ¿de acuerdo?. Anda, vete ya que es de noche cerrada. Antoñillo salió medio llorando del alpendre del viejo, y por eso llegó un pisquillo tarde a su casa.

A la mañana siguiente, los chiquillos se sombraron de lo linda que tenía el viejo la finca por dentro. -¡Claro!. Ustedes siempre entran de noche oscura. Todos se afanaron ayudando a Miguelito Melián -que así se llamaba el viejo- . Recogieron las papas y unas cuantas piñas para cada uno, rejuntaron pajullos secos y cachos de madera y tablas que había en los alrededores del cantero y se pusieron a hacer una hoguera grande y comieron piñas asadas y papas algo requemadas porque la verguilla donde estaban metidas se ennegreció tanto con las cenizas, que no se dieron cuenta de las papas y se les quemaron casi todas. Pocas fueron las que aprovecharon. Después hicieron un machango con un saco de guano y lo llenaron de paja y lo pusieron en la hoguera y le tiraron piedras mientras era pasto de las llamas. Era la venganza contra los de La Isleta y en recuerdo de la jalada que se llevaron de ellos. Todos se fueron a casa contentos aquel día. Era bonito verlos tan alegres subiendo por la cuesta parriba. El viejo los vio trasponer por la carretera. Miguelito Melián se quedó medio amaguado contemplando la escena.

Un mal día, el ruido de los tractores asustaron a todos los chiquillos por la mañanita. No había de esto, más de cuatro meses después de la comilona en la finca de Miguelito Melián. Espantados corrieron hasta llegar al barranquillo. Ya la sillería de la finca estaba en el suelo y los árboles estrujados entre el terrume y los escombros del muro. Al parecer estaban sorribando y allanando el terreno para construir bloques de pisos. Los tractores abrieron una carretera que salía pabajo, por el barranco mismo y vieron cómo los camiones se llevaban lo que fue el campo de batalla y el lugar donde jugaban a la pelota. No salían de su asombro y apretaban los dientes de la impotencia tan grande y, sin poder contener el añurgamiento, las

lágrimas se les saltaban. Ya no volverían allí a jugar a la pelota ni a guerrear a la serrera limpia.

Hoy hay, por allí cerca, un grupo de casas baratas. Hoy el lugar es similar a cualquier suburbio de nuestras ciudades. Con muchos chiquillos llegados de todos los sitios y sin sitio para ir a jugar. Sólo los viejos del lugar recuerdan la finca de Miguelito Melián, la finca de todos los árboles del mundo –que decían ellos cuando eran chicos.

Así pasa en todos los pueblos de nuestras islas. El desmedido proceso urbanizador que aniquila nuestras raíces culturales y las bases económicas tradicionales de nuestro pueblo. Y si me apuran un pisco, hasta cambian la identidad y la idiosincrasia colectiva. La verdad, no me hace gracia maldita.

VI

La paloma blanca

A la salida de un pueblito chico estaba el sitio en donde los ancianos del lugar solían aguarcerse cuando llovía y se protegían de los ventaneros fuertes cuando llegaba el viento de abajo. Y en ese lugar, se protegían del solito de la tarde. A la sombra de una mimosa construyeron un soco de piedra seca de forma circular. Igualito que los que hay en Lanzarote para proteger las parras del viento. El lugar estaba en la encrucijada de caminos que llegaban hasta el pueblillo y, desde allí, se veían los camiones cargados de personal que venían por la carretera de tierra y levantando polvo desde los llanos de tomateros. En la mayoría de los pueblos los viejitos, y algunos no tan viejos, tienen su lugar habitual de reunión y tertulia y es parecido a éste. Algunos niños iban de cuando en cuando por allí y escuchaban las conversaciones de los mayores. Siempre es bueno escuchar la crónica del pasado contaba por los mismos que la vivieron. Algunos contaban cuentos, otros, leyendas y acertijos. A veces, se entretenían con adivinanzas populares de gran interés.

Un día, los niños vieron descansando en el soco a un anciano de barba y cabellos blancos como la plata. Tenía un largo bastón y vestía con una chaqueta de lana clara y un sombrero negro. A su lado, traía un fardo en donde guardaba sus pertenencias. El anciano se dedicaba a recoger hierbas medicinales por los campos y luego las vendía por donde iba. Conocía todos los trucos y propiedades de las hierbas y empleabas fórmulas casi mágicas para prepararlas y curar muchas enfermedades. Era bastante persuasivo en el hablar. Casi bíblico. Miró a los niños con sus ojillos chicos y, con su sonrisa de hombre bueno, les hizo señas para que se acercaran. Éstos, se fueron acurrucando en torno a él. Se sacó una petaca del bolsillo de la chaqueta y cogió la cachimba, la llenó de picadura y la encendió con un mechero de martillo. Se echó unos cuantos buches y dijo:

-Les voy a contar una historia, que es la historia de un chico que un día desoyó a sus padres...

Aquella paloma blanca hacía descubierta, de pronto, un nuevo espacio en el infinito. Allí, el vuelo era realmente un placer. Durante cinco años, la paloma blanca sólo planeaba en los cortos rumbos que van desde el palomar a la montaña cercana. Y, de buenas a primeras... ¡Tenía todo el Universo ante ella y, sólo quería que fuera para ella!. Nunca cayó en la cuenta que eso de volar tan alto era cosa de halcones y

águilas y buitres presagiando la carroña con la que darse un buen banquete. Nunca pensó que una paloma blanca tenía y debía tener un límite en sus vuelos. Además, no todas las palomas eran como ella. No en vano era una paloma blanca.

Para que una paloma blanca sea realmente una paloma blanca, debe tener, además de fino plumaje, limpio y radiante como la nieve, mucha nobleza y valor. También ha de tener respeto y cariño a los demás miembros de su palomar. Pero sobre todo, cariño y respeto a sus viejos palomos. Precisa además, tener una alta capacidad de sacrificio para con sus hermanos, los pichones pequeños. De no haber salido blanca, podría ser como las demás palomas de la bandada. Despreocupada de las nobles tareas que sólo están encomendadas a las palomas blancas como ella. Las demás palomas se dejan arrastrar en medio de la bandada y se pierden cuando son llevadas ingenuamente por cualquier palomo ladrón que las deslumbra con un arrastrar la cola y unos cuantos arrullos amorosos. Por eso, son las que más fácilmente caen en las trampillas y falsetes de cualquier palomar. Seducidas por unos simples granos de millo y un cacharro de agua en una azotea inteligentemente colocado. El nuevo palomar, les servirá de celda de castigo para el resto de sus días, porque, conocida su flexibilidad y falta de valor y dignidad, y amigas de escapar de todos los palomares, dejando el nido y abandonando a sus pichones, nadie las aprecia. Son desobedientes, desatentas y, sobre todo, porque no son palomas blancas, no hacen más que dar disgustos a los demás y hasta a ellas mismas. Son aventureras como ellas solas, poco fiables y nada buenas. Incluso son desviadas de su rumbo un una simple ráfaga de viento al entrar en las proximidades de una tormenta. ¡Hasta ahí podía llegar una paloma!. ¡A desconocer las leyes naturales de la estabilidad en el rumbo!. Su irresponsabilidad las llevaba a ese descalabro. Y aún más, nuestra paloma blanca había desoído inocentemente –con cierta malicia casi- la consigna generosa de su palomo viejo durante los primeros días de aprendizaje en los ejercicios de vuelo y cuando aún sus plumas eran sólo descoloridos y frágiles plumones.

-Ten en cuenta esta ley eterna, querido pichón –le dijo el palomo viejo. “Quien mucho se aleja en su volar, pronto se cansa y es presa fácil del cazador furtivo y del despiadado azor, que es la tragedia mayor.”

Iba nuestra paloma blanca surcando los cielos a una vertiginosa velocidad. Parecía querer competir con las rápidas aguilillas. Pensó en volar más alto aún y su timón, dio un leve giro e inició el ascenso hacia las alturas. Por encima de las nubes. Sus fuertes y esbeltos alerones competían con la ley de la gravedad en titánica lucha. Estaba segura de sí misma, segura de vencer en el combate contra la Naturaleza. Siguió ascendiendo, subiendo más alto. Más alto aún, más arriba, hacia la bóveda del Universo...

Tenía razón –pensaba mientras continuaba el frenético ascenso- el palomo Beltrán. ¡Esto es la liberación total!. Hay que volar alto, muy alto. Hay que llenar rápido y bien el espíritu de libertad de toda paloma y dejar atrás consignas de palomo viejo. Hay que abandonar las tablillas del palomar porque la vida de una paloma no está en traer ramitas en el pico y gusanos para dar de comer a sus palomos viejos con pocos recursos en eso del volar. Ni traer insectos para los pichones hermanos. La

vida de una paloma está en abandonar ataduras de largos años y echarse a volar. Volar tan alto como pueda...

-Ya se les pasará la preocupación- seguía pensando la paloma blanca. Lo primero de todo es la libertad, mi libertad. Libre de todo y de todos. Ni ramitas ni culebrillas faltaran en el palomar por mucha que ellos digan...

Y siguió volando y volando, más y más alto, más arriba, hacia las alturas. ¿Que hermosa es la libertad!. Lo peor de todo, ya ha pasado. Lo dijo en mala hora. Detrás de una nube, divisó los extremos quebrados y cortos de las alas de la terrible fiera de los aires. ¡el azor!. El temible enemigo natural de las palomas descarriadas y aventuras y de las desobedientes palomas vulgares. Creyó por un momento que por ser una paloma blanca, con un poco de suerte podrían alcanzar aquella nube próxima y escabullirse entre la blanca bruma. Era el lugar perfecto donde pasar desapercibida y burlar a la temible rapaz. Tras dar unos rápidos aletazos, se aproximó a la salvadora nube que la diosa fortuna había querido que se cruzara en su rumbo. Era la única forma de salir airoso de tan fatal y desigual combate en el aire. De pronto, sus pulmones empezaron a fallar, sintió cómo sus fuerzas se agotaban por momentos y en tan difícil y complicada situación. El sudor de todo su cuerpo impedía la realización de los ágiles movimientos necesarios para salvar el peligro. Pero había más: apareció el cansancio y el martilleo constante de la conciencia. Ya por entonces, algunas plumas habían caído de tan fuerte aletear y, en su cabeza, ya desarbolada por el azote del aire, retumbaba con notoria potencia y diáfana claridad, la consigna que le había dado su palomo viejo durante los primeros ejercicios de vuelo: “Quien mujo se aleja en su volar, pronto se cansa y es presa fácil del cazador furtivo y del despiadado azor, que es la tragedia mayor”. –Qué gran verdad encierran las palabras de la experiencia de los palomos viejos!. Se decía. –Que ingenua he sido. Queriendo alcanzar la libertad en su mayor dimensión, heme aquí, afligida, amenazada por el peligro y sin defensa posible.

Siendo tarde el momento de ocurrir toda tragedia para las lamentaciones y, pensando en su nido, en sus palomos viejos y en sus hermanos pichones; en su palomar, en sus cortos vuelos hasta la montaña cercana, en las tablillas y los muchos falsetes y trampillas en las azoteas; en el millo y el agua como cebo... Siendo tarde, como les decía –añadió el viejo a los atentos niños, calladitos y boquiabiertos ante la sabiduría del anciano- para en mala hora dedicarnos a lamentaciones, la paloma blanca del cuento, había olvidado por unos momentos al azote de los aires... cuando, de repente, sintió en todo su cuerpo y en el cerebro, el gran zarpazo del enemigo en sus alas. El golpe fue mortal. Certero, total y definitivo.

En el rápido descenso hacia el abismo negro y profundo, no perdida aún la conciencia, pensó en las nobles tareas y deberes de una paloma blanca. En el valor que no había tenido en ayudar a los suyos, en el respeto y el seguimiento de los experimentados y generosos consejos de su palomo viejo; en el cariño de su paloma

madre y de sus hermanos los pichones chicos y en las ramitas e insectos que toda paloma blanca ha de llevar ahora y siempre al palomar donde ha nacido.

-Pero, sobre todo queridos niños –dijo el anciano- y esto quiero que lo tengan siempre presente en sus tiernitos corazones, la paloma blanca se dijo mientras caía:

¡Nunca más escucharé las voces ni los cantos de sirena que encandilan la visión para hacernos ver otra realidad y luego nos abandonan en los momentos de mayor peligro!. Por no hacer caso al generoso consejo de mi palomo viejo, sufro ahora el escozor de la derrota definitiva. ¡Nunca más me dejaré arrastrar por ensoñaciones de serpientes venenosas como las del palomo Beltrán!.

El golpe fatal había surtido en trágico efecto. De nuestra paloma blanca, sólo quedan unas pequeñas plumas que el viento remonta de vez en cuando en el aire.

Dicho esto, el anciano de cabellos y barba blancas como la plata, agarró el largo bastón, se echó al hombro el fardo donde guardaba sus pertenencias y se marchó del soco. Lo vieron caminando lentamente por la polvorienta carretera. Los niños se quedaron quietos hasta que la figura del anciano se perdió en la lejanía.

De cuando en cuando, aquellos niños –ya hombres hoy- ven en el soco y bajo la sombra de una mimosa que hay a la salida del pueblo, a un anciano de cabellos y barbas blancas como la plata, con un largo bastón, una chaqueta de lana y un sombrero negro... A lo mejor, está contándoles un cuento a los niños de ahora.

VII

Santiaguillo

Santiaguillo el de Dominguito el del Barranco Grande, era un niño muy ingenioso. Travieso como él solo. Casi siempre estaba de guasa y con su gracia hacía reír a todo el mundo con sus ocurrencias. Algunos decían que era medio zinguango y atoletiado. Pero nada de eso. Otros, que era muy espabilado para su edad y por eso había desarrollado en demasía el ingenio. Fuera como fuera, todos le apreciaban mucho. Un buen día, Santiaguillo empezó a cambiar su manera de ser y su carácter se alteró notablemente. Se volvió medio socarrón, más de la cuenta, y su alegría de siempre se tornó bronca y seca. Su estado de ánimo y su tristeza tenían algo que ver con las cosas que pasaban en el pueblillo donde vivía.

La gente de aquellas medianías se peleaba cada poco por cualquier cosa. A veces, se peleaban porque los animales de uno entraban en las tierras de otro y le comían parte de la cosecha. En otras ocasiones, el origen de las disputas entre vecinos venían dadas porque las gallinas ponían los huevos en los cercados de otros y después, éstos querían entrar a cogerlos y el otro, les echaba el perro bardino para amedrentarlos. Además, incluso los chiquillos eran partícipes de las disputas de los mayores y las peleas entre ellos, terminaban casi siempre a la pedrada limpia y con los sachos en alto, como en pie de guerra. Todo este trajín a Santiaguillo no le gustaba mucho. Le daba aquella cosa. Y, de ahí, el cambio de carácter que experimentaba en chiquillo en esos momentos.

Desde que se puso así, Santiaguillo le iba dando vueltas a la molleja a ver si encontraba una solución para que la gente de su pueblillo no se peleara en ellos y para que no estuvieran enroñándose siempre unos con otros por cualquier cosa. Con el guineo ese dándole vueltas en la cabeza, cuando salía de la escuela y sin que nadie lo viera, se iba solo a la punta arriba de la loma. Él quería ver a su gente reír. Le quedaba magua cuando pensaba en otros tiempos en que todos estaban alegres y medio felices. Así, un buen día, se le ocurrió una de las suyas. Su cara de mataperro bueno se tornó más vivaracha que de costumbre y, de buenas a primeras. Salió embalado hacia la plaza del pueblillo. Iba dando gritos como un condenado y su voz alocada asustó un poco a todos. Éstos, se asombraron y le prestaron atención por un momento.

-Vengan todo el mundo esta noche al fondillo del barranco a ver la luna llena. Se están viendo unos fenómenos extraños y a mí, la luna, se me ha aparecido unas

cuentas veces, arriba en El Lomo. La otra noche, me hizo así y después, me sacó la lengua.

Todos los que se acercaron al oír sus gritos se sonrieron por la ocurrencia del chiquillo. Éste, siguió diciendo: ¡Que sí, que sí!. Y les recomendó que fueron todos aquella noche. Que llevaran mechones y quinceles o faroles o lo que fuera para alumbrarse. Que llevaran alguna cosita en la cesta para enyescar y alegrar la velada en espera de la salida de la luna. Mientras ésta venía –dijo el muchacho muy serio- se puede ir furrungiando si alguien lleva una guitarra y un timple.

Aquella noche, la gente del pueblo de Santiaguillo, decidió hacer caso al muchacho y se dirigieron a la punta arriba de la loma. Dejaron el pueblo casi desierto hasta las tantas. Lo que pareció un desencanto general, pues la luna, en medio de los celajes, no se dejaba ver ni por el mundo, se fue tornando en alegre tertulia colectiva. Aprovecharon la media fiesta que se formó para conversar entre ellos. cosa que hacía tiempo no pasaba. Al mismo tiempo, aprovechaban la ocasión para arreglar asuntos pendientes y solucionar litigios simples que, por la tozudez y el embrutecimiento a que los sometía el duro trabajo del campo, impedía la normal convivencia entre ellos. Casi todos se sentían contentos y pensaron que aquello era otra de las de Santiaguillo. Las mujeres se juntaban en un recodo bajo la pared del risco y compartían el contenido y la comida que traían en las cestas de mimbre. Se formó un guateque en una esquina porque uno de ellos trajo una guitarra vieja y empezaron a taifear. Algunos pollillos, los más galletones de ellos, aquella noche se echaron novia. Otros se templaron de mala manera. La diversión y el entretenimiento sano meritó la pena. La noche les cayó arriba sin darse cuenta. Decidieron retirarse para estar dispuestos a la batalla del día siguiente. Empezaron a retirarse a sus cuevillas. Cuando pasaban cerca de donde estaba Santiaguillo, le daban unas palmaditas en la espalda. Otros también le arremolinaban los pelos o le cogían la moña... pero flojito. Todos sin excepción le decían lo mismo:

-¡Ay Santiaguillo, sos tremendo!.

El muchacho no salía de su asombro y se preguntó porqué la luna no le echó una mano aquella noche. A pesar de lo alegre y el buen resultado de la reunión de toda la gente del pueblo, el único que no estuvo muy allá, fue él. Se encorajinó por eso. Se puso de pie y se fue derecho a la punta más alta del Lomo, él solo y sin que nadie lo viera. Se quedó mirando al cielo un rato y, detrás de unos celajes, vio a la luna. La miró fijamente, como retándola. La luna le hizo así y le picó el ojo a Santiaguillo. Éste le devolvió el saludo y le tiró un beso volado.

A la mañana siguiente, Santiaguillo fue a la escuela más contento que nunca. Parecía como si volviera a ser el Santiaguillo que todos conocían de siempre. El alegre, ingenioso y divertido. El de la cara mataperro bueno y siempre de guasa alegrando la vida a la gente de su pueblo.

VIII

Ecce Homo

El día en que a Juanillo el de Aniceto le dio calambre cuando se colgó del palo de la luz, todo el mundo se asustó. Todos, sin excepción, estaban esperando el fatal desenlace, porque, parece ser que cuando alguien se cuelga de una palo de la luz y se queda pegado, hay que esperar a que ponga las patas en el suelo para ver lo que pasa. Y, lo que casi siempre dicen que pasa, es que se carboniza. Porque al poner los pies en el suelo, es cuando la corriente le atraviesa todo el cuerpo y se va a tierra.

Juanillo el de Aniceto estaba jugando aquel día con una cometa de papel fino de color y hecha con cañas amarradas con hilo carreto. En una de éstas, el rabo de la cometa se le quedó enredada en los postes de la luz y se subió a desenredarla. Entonces todos comprendieron la gravedad del problema y el peligro que suponen los cables de alta tensión cuando pasa cerca de las zonas habitadas. Y eso, que la tensión de los hombres no estaba muy alta en el momento presente, ni en el pasado tampoco. Parece ser que estaba lloviendo aquel día cuando vinieron los de la luz y dejaron algún cable pelado. Cuando los vecinos llegaron por la tarde de trabajar, se encontraron los postes ya colocados y, por los pretilos

de los frontis de las casas terreras, casi al borde de las azoteas, las trenzas de cables negros cogidas con unas alcayatas. Y sin pedir permiso a nadie.

-¡No!. Por ahí no –dicen que dijeron las mujeres. Pero los de la luz, ni puñetero caso que hicieron. Se lo vamos a decir al alcalde del pueblo -. Pero ellos, como si tal cosa. No sólo eso, sino que le dijeron a las mujeres que se fueran al carajo. Carajo con los hombres aquellos. ¡Qué malcriados!. –dijeron las mujeres. No está bien eso de contestar mal a la gente y menos si son mujeres.

Los de por allí, se enteraron que aquello de la colocación de los postes de la luz era obra del propio hermano del alcalde, que tenían una empresa dedicada a eso de la luz y, entonces, todo el mundo comprendió que nada podía hacerse. Y esperaron pacientemente a que algún día pasara una desgracia y entonces sí podían quejarse

como dios manda. Y éste, mandó un día a la cometa de Juanillo el de Aniceto, quedarse enganchada por el rabo en uno de los postes. Y por eso, el chiquillo, que no tiene maldita culpa de nada, se vió pegado el pobre.

Aquello fue tremendo. Todos tenían que ver con el chiquillo colgado del palo y meneando las piernas como estirándolas. Todos miraban pero nadie daba un paso para ayudarlo. Ni siquiera un paso en falso para intentar descolgarlo. ¡Toma, yo no!. Vete tu y descuélgalo, que a mí la corriente me da algo. Y nada, todo el mundo como si nada. La culpa es de ellos –decían unos. Pero tanto unos y otros sabían que ya no había remedio para Juanillo el de Aniceto, porque aquellos de los asuntos de todos no querían saber nada de nadie ni pensaban en cosas como aquellas. –Nosotros ni entramos ni salimos. Sobre todo, ni salimos, como diría el otro. Aquello, mientras, iba tomando el carácter de chicle, un tira y afloja. Debería darles el garrotejo –decía una mujer decidida-, aunque sólo sea en el dedo que más mueven cuando prometen hasta meter y después de metido, ya hay allí un chiquillo colgado. –Maldecía sea la hora en que les llevamos hasta los sillones, porque la culpa de todo esto es nuestra. Tantos y tantos ochocientos millones de puestos para trabajar y trabajar y ochocientos millones de píldoras, para que ahora dejen colgados al más pintado en este desbarajuste. Porque esto es un desbarajuste que para que le cuento. Y te cuento, que los follones no sólo están en los asuntos de la luz, sino también en los del agua. Y si no, acuérdate del chiquillo que fue a coger la pelota y se metió en una tubería que pasaba por allí cerca del campillo donde jugaba a la pelota. El pobre niño apareció muerto a media tubería cuatro días después. No, esto no es una despreocupación, sino la cuenta.

Y la cuenta ya se nos pierde cuando vemos a los pollillos vendiendo periódicos en los semáforos. Los pobres –los semáforos no, que no tienen la culpa- sino los pollillos que son los que están fijo pasándolas canutas. Y los canutos que se pegan ellos a costillas nuestras. Y ya que dejan que se sequen y arranquen las plataneras, por lo menos que planten un pisco caña dulce para así chupar todos y no sólo ellos. Ellos mucho viaje a la península a traer cosas y lo que tren son los regalos que traen de los que les llevan ellos comprados en los indios en el puerto. No. Se creen que los pollillos no se dan cuenta. Se creen que no se dan cuenta de la cantidad de maestros de allá que le quitan el sitio a los de aquí. El otro día mismo, cuando los maestros de aquí empezaron a dar escuela en las avenidas y calles de las escaleras, allí mismo en plena calle, las mujeres de los bloques empezaron a traerles pan y mantequilla. Entonces, uno de los de allá quiso pasar por allí como siempre, pisándole la cabeza a todo dios y un chiquillo -¡Fíjense si se dan cuenta o no!- le puso el lápiz de punta y le hizo un agujero en una pata. Y otro de los de ellos, y que trabajaba al parecer en unas oficinas oficiales se lo llevó al hospital. Ni siquiera quiso que lo llevaran al ambulatorio. ¿Eso sí, verdad?. Nosotros si podemos ir al ambulatorio. Y aquello no acabó así, no señor. Aquello no hizo nada más que empezar, porque después vino una grúa arrastrando una hormigonera tremenda, de las que compró el hermano de aquel que tiene una empresa que se dedica a eso de la luz, y con ella llena de cemento ralo como estaba, zurrió a todos los que estaban en la calle dando clases y los dejó empegostados. Y después, se puso a anunciarlo en los periódicos (no se podía tener tanta desgracia junta, que hasta los propios pollillos se encargarían de propagar las noticias difundidas en los semáforos) y por la antenas de la radio y la

televisión. Y la noticia se metía en las casas a través de los cables de la luz. ¡Qué paradoja!, ¿no?. Y anunció que habían decidido en un pleno, que esta ciudad pacífica y culta, debería tener una escultura de tres mil pares de huevos. Para que todo el que llegara a la ciudad de visita la vieran y se asombrara. Por eso vació completamente la hormigonera encima de los manifestantes. ¡Menudo es el tío!. Y cuando le da la venada va y te la corta y te quedas en los bloques sin agua todo el tiempo que le dura el calentón. Porque dicen que es un calentón. Bueno, todos son unos calentones, aunque hablando de calentones. -¿Porqué no nos calentamos nosotros también y formamos una parecida a dos?. Eso mismo –gritó uno. Vamos a hacer una hoguera y le pegamos fuego a todo esto. Tan brillante idea cuajó en todos y empezaron a traer periódicos leídos ya y carteles de las elecciones que fueron recogiendo de las paredes y les pegaron fuego. El calor daba miedo y la jumacera tremenda ennegreó el cielo más que lo que estaba. También trajeron rollos de periódicos sin escribir porque un día, cuando a los inocentes, a los del periódico, le dio por no escribir nada en ellos y sacarlos a la calle así mismo, como estaban. Y como estaban tan atareados en esto, no vieron venir a la policía que se les echó arriba y se metieron con ellos. al principio creían que era gente disfrazada que salían de alguna fiesta de carnaval. Pero después se dieron cuenta que no. Que venían a darles una tollina a todos ellos por armarla. Y, a una pobre muchacha, le dieron una sacudida que la dejaron boca abajo en la avenida con la cara escachada y corriéndole sangre. Y ante la brutal agresión nadie se movió. Y la policía se fijó después en el pobre Juanillo el de Aniceto y le gritaron: - ¡Baja de ahí, machango el carajo!. Y carajo con el que dio la orden. Parecía que echaba espuma por la boca. Y después –él mismo- cogió la manguera de los manguereros que llegaron con el camión metiendo una bulla del coño, como si se hubiera pegado fuego en los grandes almacenes de abajo de Los Arenales y Alcaravaneras. Y con la manguera le soltó un chiringo al chiquillo para que se bajara de allí. Entonces, la corriente se metió por el chorro del agua y llegó al mango de la manguera y le soltó un lambriazo que lo tumbó a un lado. Entonces fue cuando comprendió todo y se dijo: ¡Yah coños, fuerte calambre!. Y por la emisora que le compraron a ca los indios, llamó al jefe. Al indio no, al de él, al otro no. Al de los policías y le dijo: -Venga rápido, sargento, que esto es la leche en pasta. Y hace falta mucha pasta para arreglar esto, si es que tiene arreglo. Porque la compostura va a costar muchos cuartos y entonces se acordó de todos los niños que eran amenazados con el cuarto oscuro. Y que más oscuro todavía tenían el panorama . Y no quiso ponerse a pensar en lo que pensaba. Y entonces dio la orden de apagar aquel fuego como fuera. Y mandó mear a todos los presentes para ver si entre todos apagaban el fuego pegao. Y éstos, no sabían si obedecer o no. Porque son muchas las ilusiones y los desencantos pasados por culpa de ellos.

Pasado todo esto, llegó el que manda y mandó a todos a que había que tener vergüenza para hacer lo que estaban haciendo. Y los insultó. Y dijo: -que bueno, que no lo tomaran a mal. Que aquello se solucionaría y que podían traer más hijos al mundo y que la vida sigue igual. La gente ni se lo creía. ¡Mira que es sabandija!. ¿Y todavía nos dice eso, todavía nos dirige la palabra el muy...?. No, cállate –le decían a una mujer- que es mejor no meterse en vereas con esta gente. Y él, seguía como si ya estuviera pidiendo otra vez un pisco del calor que daba el sillón de terciopelo encarnado. Que no. Que ellos no se habían equivocado. Que aquello fue culpa de uno que no sabía sumar bien y que, al hacer la cuenta, cambió un número por otro. Y

resulta que de veinte se llevó tres. Y claro. Al final resulta que no eran ochocientos mil trabajos sino ochocientos mil carneles para que todo el que tuviera uno tuviera un puesto de trabajo enchufado, -pero con serio peligro de perderlo al irse la luz-. Y también iban a sortear otros ochocientos mil trabajos para la próxima vez y que se haría una rifa y se buscaría la fórmula para que el que quisiera creerlos los creyera. Ellos, no obstante, iban a repartir unos boletos de los que salen en los periódicos y cada mes un número para la rifa. Así, la gente podría cantar bingo cuando les tocara. Pero la gente sabía ya que lo que le estaban tocando era otra cosa. Entonces fue cuando lo vieron que se le hinchaban las piernas y las manos y la nariz le creció que da miedo. Se le empezó a engordar la cabeza y después se elevó en el aire y casi roza con Juanillo el de Aniceto, que seguía colgando del palo de la luz todavía. Y pasó cerquita del cometa Haley, que dicen que hay que verlo para creerlo. Y todos para sus adentros daban ¡Vivas, Vivas!, porque ya casi lo perdían de vista. Y se fijaron en los policías que estaban junto a ellos pero no revueltos. Y como si fuera un gran baile se los fueron bailando a casi todos, porque ya allí no estaba la autoridad. Y fueron entonces corriendo a las oficinas oficiales de la luz y bajaron la palanca. A nadie se le había ocurrido bajarlas hasta entonces. ¡Mira que son zoquetes!. Y la bajada de la palanca fue la salvación de Juanillo el de Aniceto. Ya el pobre no podía más. Tenía un chorro que le entró que se tuvo que marchar a su casa según puso los pies en el suelo. Los presentes lo vieron corriendo como el demonio y agarrándose los calzones. Después fueron a echarse unos repuntillos en la cantina de Vicente Molina y a comentar las incidencias de aquel aciago día.

A la madre de Juanillo el de Aniceto le dijeron: ¡Mujer, -he ahí a tu hijo- Ecce Homo!.

Al parecer, y eso fue una maldición que le echaron aquel día a todos los que mandan, les iba a entrar a todos la bichoparra mortuorum. Es decir, se morirían porque los bichos se los irían comiendo por dentro antes de morir y llegarían esqueléticos todos ellos al ataúd. Y la consumación de esta maldición sería la alegría de todos los niños del mundo que se ven abocados al peligro sin autoridad maldita que ponga atención en el asunto del peligro.